

# MARIE LANGER NO ES UNA DAMA

MONTSERRAT ROIG

## 1 LA JOVEN VIENESA QUE NO QUISO SER UNA DAMA

Cuando a la pequeña Marie Langer le dijeron que su padre iba a ir a la guerra, sólo preguntó:

—¿Quién lo matará, un ruso o un francés?

No podía preguntar otra cosa. Entonces la Viena imperial estaba segura de que iba a ganar todas las batallas contra el tiempo, y que éste era preciso e inamovible. Las mujeres y los niños despedían con flores a los soldados en una ciudad que olía todavía a un Danubio de leyenda. Y cantaban: «Jeder Schuss, ein Russ/Jeder Stoss, ein Franzos». Significaba que los austriacos iban a matar un ruso por cada bala, un francés por cada estocada. Así que Marie Langer dio la vuelta a aquel eslogan triunfalista y pen-

só que quizás su padre, aquel pacífico oficial de reserva que creyó en ella desde que naciera, no iba a volver jamás. Pero regresó, como regresaron otros soldados que la pequeña Marie vio hechos trizas y con el rostro sombrío. Y entonces Marie, que lloró el día en que murió el emperador Francisco José como si se hubiera muerto Dios, decidió que ella también iría un día a la guerra, si no como soldado, por lo menos como médica. Y así fue: muchos años después, Marie Langer estuvo en la guerra de España encerrada día y noche en un quirófano intentando componer lo que la brutalidad de los hombres despedazaba en las trincheras.

La historia de Marie Langer es la historia de este siglo. Nació en 1910, ha vivido de cerca todo lo que en la Viena imperial era imprevisible: una Europa en ruinas, la desaparición de los seres amados en los campos nazis, la esperanza que significó la guerra civil española como inicio de una época que no iba a surgir jamás, el exilio a Argentina, el ascenso de los genocidios en Latinoamérica, las torturas y los desaparecidos... Y, sin

*Quizás Marie Langer se hizo psicoanalista para comprender cómo se destruyó a la mujer-tipo, a la dama de entonces.*



## MARIE LANGER

embargo, Marie Langer es una superviviente que se salvó a tiempo de ser una «dama» para convertirse en un ser humano que se entregó desde muy temprano a sus propias fuerzas y a sus propios deseos. Como cuenta ella misma en su *Autobiografía* (1): «Unirse a la revolución era ya el camino digno para escaparse del destino trazado para la mujer».

Su familia era muy rica, judía y atea. Su madre era como las pacientes de Freud, algo frívola, algo resignada. Tenía una canastita con algo más de veinte llaves que servían para abrir y cerrar cajones y armarios, dirigía la empresa del hogar pero no trabajaba en él. Para eso estaba la camarera, la cocinera, la niñera y el chófer. Esta era el universo de algodón en el que se crió Marie Langer. Y, aunque le dé vergüenza admitirlo, lo cuenta con cierto orgullo. En aquel tiempo, las damas tenían mucho más derecho al adulterio que al estudio o al trabajo. Para tener algo de libertad, había que mentir. Su madre argumentaba: «Nosotras, pobres mujeres sujetas siempre a los hombres, ¿qué otra cosa nos queda sino la mentira? Lo importante era cumplir con sus deberes como esposa. Luego, como Madame Bovary, era posible pensar en el amor. Quizás por esta razón, Marie Langer se hizo con el tiempo psicoanalista, para comprender cómo se destruye a una mujer, a esta mujer que fue su madre. Ella misma confiesa que hasta mucho más tarde no logró reconciliarse con ella».

Sin embargo, Marie Langer tuvo la fortuna de ser educada en la Viena socialdemócrata de los años veinte e ir al colegio de Frau Schwarzwald, una mujer que había estudiado en Zurich, la primera universidad europea que admitía mujeres. Este Realgymnasium permitía el acceso a la Universidad y fue una especie de núcleo marxista y feminista *avant la lettre*. De esta época, Marie Langer recuerda una anécdota. Una vez quiso hacer novillos y mintió a la profesora: le contó, fingiendo pudor, que se encontraba mal porque le había venido la menstruación. La directora se enteró y le dijo: «Esta vez puedes irte, pero recuerda que si quieres que te respeten como a un hombre; si quieres estudiar y trabajar igual que un hombre, no te quejes nunca más de este tipo de malestares». A Marie Langer se le quedaron grabadas estas palabras y nunca más volvería a usar el pretexto de ser mujer para no «poder».

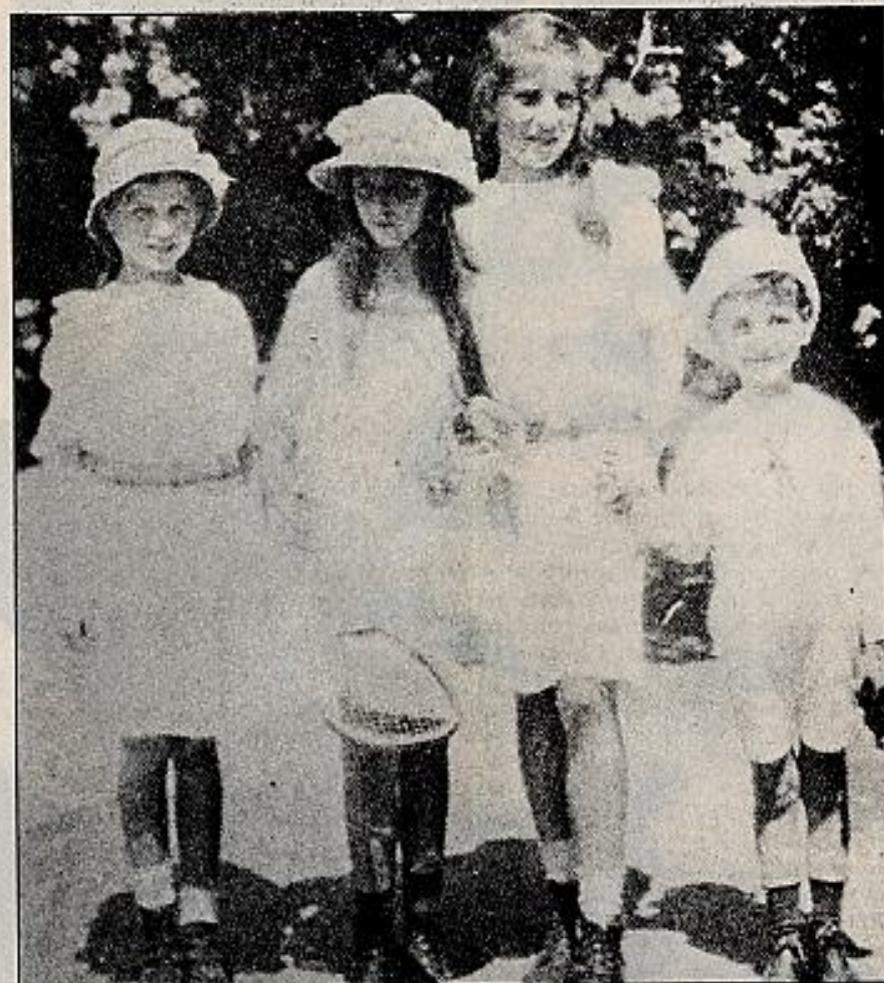
Ahora, Marie Langer es ya una madre vieja y una abuela con más de once nietos y mira a su alrededor: ve que en Argentina las mujeres tardaron cincuenta años para poder adquirir la dignidad de

personas —y ahora la han vuelto a perder—, que en México todavía no la tienen, y que en España estamos justamente en la hora del amanecer. Marie vivió la Viena de los años veinte, la Viena de Freud pero también la de Lou Salomé, la Viena en que se leía a Alexandra Kollontai y se conocían las aventuras de las primeras revolucionarias rusas, como Vera Figner y Vera Zasulich, que soñaron con la acción para desafiar sus destinos de mujeres. A los quince años, pues, Marie Langer ya tenía un amante y su mejor confidente era un muchacho, su primo Geo, que se suicidaría mucho después al salir de Auschwitz. Marie recuerda la nota que dejó: «No tengo cabida en este siglo.»

Gucki, la hermana mayor de Marie, era hermosa, elegante, fue educada para ser tan «femenina» como su madre. Una dama, en fin. Marie es la superviviente de aquel mundo y a veces se siente soli-

taria y extraña. Pero ella eligió ser médica para acompañar a su padre a la guerra y se mantuvo en ello. Había elegido aquella profesión por otras mujeres que no pudieron, por Vera Figner y sus compañeras. Pero no le fue fácil. Una muchacha de buena familia como ella tenía que pensar en casarse y llegar virgen al matrimonio. Se casó muy joven pero no era virgen. Y, además, siguió estudiando. Era tan inconcebible que una mujer casada siguiese estudiando que la noticia salió en los periódicos. Se había convertido en «la estudiante casada». Un titular decía: «Señora alumna, ¿qué le va a decir a su esposo cuando saque mala nota en latín?».

Pero Marie Langer no sólo era mujer, también era judía. El fascismo se extendía como la lava, el mundo se dividía abruptamente. Presenció como los estudiantes de aspecto judío eran aplastados casi hasta la muerte por los fascistas



«Una muchacha de buena familia, como ella y su hermana Gucki, tenía que pensar en casarse... ser hermosa, elegante, tan femenina como su madre».



«El Hauser Palais de Viena, donde estaba el piso familiar, desapareció en 1945 bajo las bombas de los aliados».

mientras la policía lo observaba pasivamente. Así que en la Viena Roja, socialdemócrata, Marie decidió hacerse comunista y no socialista porque el Partido Comunista prometía la revolución. Luego vendrían las dudas, sobre todo cuando Stalin modificó las leyes familiares y se declaró delito la homosexualidad. Pero, al mismo tiempo, los comunistas le dieron a Marie las bases para un conocimiento objetivo de la realidad, y esta realidad eran los nazis que subían y subían, los nazis que preludiaban el mundo de vesania y terror que vendría poco después. Así pues, en los años treinta Marie empezó a vivir dos vidas: la del psicoanálisis y la del partido comunista. Con éste vivió el «milagro» de Dimitrov, el linotipista búlgaro que se enfrentó a Goebbels, a Göring, y que desbarató el aparato propagandístico nazi tras el incendio del Reichstag. Vivió la clandestinidad y el miedo. Ayudó a pasar a Checoslovaquia al secretario general del PC austriaco, Kopenik, y a su segundo, Friedl Fürtner. Por esta razón, cuando vio *Julia*, la película de Fred Zinnemann, sintió una emoción especial: todo lo que se contaba allí lo había vivido ella en su vida «real». Para Marie Langer estaba muy claro lo que le había enseñado Frau Furtmüller en la adolescencia: «Hay gente que dice que no debes meterte en política, que la política es sucia. Sin embargo, si no participas activamente en la política, igualmente harán política contigo».

Pero la otra vida era el psicoanálisis, y

ésta la escondía cuidadosamente de sus camaradas. Cuenta Marie que eligió esta profesión para reparar de alguna manera a su madre «histérica» y a su hermana, pero también para comprenderse a sí misma. Porque para ella el psicoanálisis es un instrumento valioso, no tanto para «curarse», sino para entenderse, para manejar mejor la propia locura y no mentirse más. No mentirse más, éste parece ser el hilo conductor de toda su vida, el rechazo al mundo materno, que prefería el adulterio a la libertad. Pero también la lucha por una difícil síntesis entre el psicoanálisis y el marxismo. Así vivió Marie la Viena de los años treinta, licenciada en Medicina pero sin poder ejercer por ser judía, militando activamente y soñando con un mundo sin fisuras, joven divorciada que trabajaba y seguía clandestinamente el análisis y repitiéndose sin cesar: «Mientras arde el mundo, uno no puede estarse mirando el ombligo». Hasta que estalló la guerra en España. Su compañero Max, cirujano, decidió ir a España y se lo propuso. En Viena, Marie ya estaba fichada por la policía. En aquel momento, los militantes comunistas estaban convencidos que al fascismo había que combatirlo en España. De este modo empezaría para Marie una aventura que la tendría que marcar para siempre. España era la esperanza, España era el sueño catalizador de otras impotencias y frustraciones. Su madre se irritó ante la idea y sólo dijo: «Estas son las consecuencias de que una mujer estudie».

## 2 LA AVENTURA DE ESPAÑA

Cuando Marie aterrizó en Barcelona, no entendía gran cosa de lo que allí pasaba. Vio una ciudad excitada, alegre, llena de consignas y afiches que le pareció que embellecían las fachadas. La Rambla era una fiesta. En España Marie dejó de vivir dos vidas, todo se volvió claro, diáfano. Al principio, el partido comunista catalán la confundió con una espía, tanta era su insistencia para ir al frente. Por poco se salvó de ser fusilada. Pero en España, Marie conoció el verdadero dolor.

Al principio trabajó al lado de su compañero Max como anestésico, pero terminó ayudándole en las laparatomías. Ella se había imaginado una España llena de calor y luminosa y en su lugar se encontró con la llovizna, gris y persistente, que lo enlodaba todo. Recuerda cuando les llegaba un herido con una bala que había atravesado el abdomen. Max, después de abrir el cuerpo, revisaba el intestino metro por metro para detectar dónde la bala había dejado los agujeros. Pero ocurría que muchas veces el soldado había sido herido después de haber comido su ración, y se desparramaban por el campo operatorio los garbanzos y restos de carne. El frío era tan intenso que el intestino se hinchaba, se agrandaba, y, una vez cosidas las heridas, casi ya no cabía en el cuerpo. La gente moría

# MARIE LANGER

por el maldito frío y circulaba entre los médicos un chiste negro: «operación exitosa, paciente muerto». Marie pronto se dio cuenta que su pobre español apenas servía para consolar a los moribundos que sólo pedían «agua» y «madre».

Una mañana como todas, Marie se encontró en una camilla a Robert, un muchacho austríaco que había dejado por Max. Ahí estaba, demacrado, barbudo, casi incapaz de hablar. Y, cuenta Marie, que por última vez en su vida rezó: «Dios mío, no lo permitas. Haz que Robert no se muera. Es hijo único, lo único que tiene su madre». Marie apoyó con suavidad su mano sobre la mejilla de Robert y todavía ahora recuerda esta leve pero inexorable resistencia que opone un cuerpo muerto a todo movimiento.

Marie también se acuerda de un Madrid silencioso, en ruinas, cuyas fachadas se erguían hacia el cielo sin nada detrás. Sólo escombros. Casi no aprendió el castellano, pues entre los brigadas se acostumbraba a hablar francés. Pero se le quedó grabada una frase: «Si tú no terminas con esta pierna, ella terminará contigo». A fines de 1937, Marie y Max salen para París con el fin de comprar máquinas. Había que construir prótesis para los heridos con piernas amputadas. En Francia, Marie empezó a sospechar que la situación de la República española era desesperada. Los gobiernos inglés y francés la habían abandonado. El dinero para el taller de prótesis no llegaba y decidieron irse a Niza. Allí Marie perdió el hijo que esperaba, todavía no sabe cuál fue la causa, quizás el miedo, quizás la desolación que sintió al ver morir a Robert. Nació una niña y se murió lentamente durante tres largos días. En la clínica no había incubadora y el médico sólo le ofreció un bautismo de emergencia. Max iba a la maternidad para traerle leche de madre para la criatura. Marie recuerda que se la traía llorando. Quizás fue esta experiencia lo que impulsó a Marie Langer, muchos años después, a escribir su famoso libro *Maternidad y sexo* (2). Y a estudiar los mecanismos psicósomáticos del embarazo, aborto espontáneo y parto prematuro.

En Niza, Marie se dio cuenta que Europa se estaba desmoronando. Unos días antes del plebiscito, las tropas alemanas entraron en Viena y Austria desapareció como país independiente durante muchos años. Empezaría un largo exilio. Primero, en Uruguay, luego en Argentina. Conocerían el hambre, el trabajo, el esfuerzo. Mientras estaban en Francia, Marie supo de la muerte de muchos de sus compañeros y una canción de la pri-

mera guerra mundial se repetía de manera obsesiva en su mente:

Drüben am Wegesrand sitzen wei Ra-  
[ben,  
Wer wird der Nächste sein, den wir be-  
]graben?

(En el borde del camino dos cuervos están sentados / ¿Quiénes serán los próximos que deberán ser enterrados?)

El Hauser Palais, donde estaba el piso familiar, desapareció en 1945, bajo las bombas de los aliados en la batalla para liberar Viena.

## 3 LA VISITA

Una mañana muy calurosa estaba desayunando con varios escritores españoles en el Gran Hotel de México. Tenía una mañana por delante y dudaba lo que iba a hacer. México es una ciudad que se escapa a toda medida humana y confieso que me agobiaba la sola idea de intentar conocerla un poco. De pronto, se me acercó Carlos Castilla del Pino. Estaba muy excitado; la noche anterior había cenado con Marie Langer y no había pegado ojo en toda la noche leyendo su *Autobiografía*. Sus ojos hirientes, azules, brillaban de entusiasmo mientras me contaba la historia de esta mujer vienesa que casi había nacido con el siglo y que se convirtió en una de las fundadoras de la gran escuela del psicoanálisis en Argentina. Pensé que quizás aprendería más con ella que dejándome perder por una ciudad que crece y crece sin parar. Carlos Castilla me llevó, arrebatado, al teléfono y me obligó a hablar con una voz desconocida, una voz fuerte, segura, con visible acento alemán. Me contó cómo había que ir a su casa: «Pedrrrrregal, trrrrrras una ermita, no tiene pérrrrrida...». Llegamos tarde, por supuesto, pues nos perdimos. Marie Langer vive en una calle silenciosa, laberíntica y con una numeración surrealista. Boganvillas de todos los colores se desbordan por encima de los muros. Marie Langer había

querido ir a México en 1938, cuando el presidente Cárdenas decidió asilar a todos los refugiados que huían del fascismo y del racismo, pero el visado no llegó a tiempo y tuvo que irse al Uruguay. No llegaría a México hasta 1974, huyendo de las amenazas de la Triple AAA, y le pareció que, por fin, cumplía con un destino.

Por la verja apareció una mujer esbelta, morena de piel y pelo blanco. Con tejanos y camiseta escotada. La acompañaba un perro lobo reluciente. Andaba por entre las adelfas con una ancha son-



*«Gucki debía ser hermosa. Yo quedé liberada a mis propias fuerzas...».*

risa y ojos escrutadores, y andaba de manera tan ágil que por un momento creímos que se trataba de una amiga más joven. Pero no, era la propia Marie Langer la que nos abría y nos conducía a través de un pequeño jardín lleno de árboles de flores lilas que caían con desmayo. Mientras nos invitaba a café en su pequeño estudio lleno de luz la observé: Marie Langer puede parecer algo dura a primera vista, quizás porque su aspecto es el de una mujer fuerte y segura y sus gestos son concretos, como si marginara a posta lo superfluo. Pero hay algo de timidez en ella, quizás porque duda antes de contestar, quizás porque a veces se encierra en largos y densos silencios. Sin embargo, a medida que la conversación se relajaba —¿toman azúcar?—, ¿un poco más de café?— me pareció adivinar



*«Por la verja apareció una mujer morena de piel, con tejanos y un perro lobo reluciente...».*

en ella, en sus ojos rasgados y limpios, una ansia de contenida maternidad.

—Va a cumplir setenta y dos años. Después de haber vivido tantas cosas, ¿qué balance hace de su vida?

—¿Sabes?, la vejez es un problema psicológico sobre el cual se escribe muy poco. Creo que uno, o por lo menos yo, se siente perplejo ante el cambio físico, pero internamente el cambio no es muy grande. Se ha dicho muchas veces que en la vejez regresamos a la infancia. Aunque la vida es como una espiral y no un círculo... Pero lo cierto es que yo he vuelto a una época mucho anterior que culmina justamente en España.

—Usted da la impresión de ser una mujer de convicciones... Por ejemplo, cuando escribe sobre su época de militante en el Partido Comunista austriaco. ¿Representó para usted una liberación esta militancia, incluso como mujer?

—Sí... Además, estaba muy claro, ése era el camino. No había otro. O quizás el reformista de la socialdemocracia.

—Y ahora, ¿se siente decepcionada de los partidos comunistas?

—No..., un momento, un momento. Hay partidos y partidos. Nunca me vi tentada de entrar en el argentino, porque estaba muy anquilosado y era acriticamente prosoviético. Hubiera podido entrar, claro, pues allá no había ningún problema... Me acuerdo que una vez fui al Uruguay con unos colegas para hablar de psicoanálisis y me encontré con un comunista uruguayo —que ahora está preso y ha sido muy torturado— y le dije que si yo viviera en el Uruguay sí que militaría... Porque los partidos difieren muchos unos de otros. Lo que antes no era el caso.

—Eso quiere decir que se ha perdido el ideal internacionalista...

—Sí, el ideal, sí. Claro que era un poco absurdo que se impusieran las mismas normas en países distintos. ¿Sabes? Aquella era otra época. Uno creía mucho en el internacionalismo y pensába-

mos que los «nacionalismos» iban a terminar. Y ocurre justo lo contrario. Ingenualmente, también creíamos que en este siglo también se iba a terminar, más o menos, la religión. Y, mira, ni lo uno ni lo otro.

Con otros cinco psicoanalistas —entre los que estaban Pichon Riviere y Racovsky—, Marie Langer fundó en Buenos Aires la Asociación Psicoanalítica Argentina. Quedaban lejos los años de pobreza en el Uruguay, cuando Marie Langer cocinaba para los demás, y su marido, Max, trabajaba en una fábrica textil. Durante varias décadas, sustituyó la militancia política por la dedicación institucional-analítica, aunque nunca rompió el vínculo con la izquierda. En el departamento de Juncal crecieron sus cuatro hijos, mientras Marie atendía a sus pacientes. Así durante veintiocho años. Cuenta su yerno que Marie amamantaba a sus hijos entre paciente y paciente y que sólo una vez, cuando se estaba quemando la casa, salió Marie de su consultorio antes de terminados los cincuenta minutos de la hora analítica. Muy pronto, Marie, más conocida por Mimí, se convirtió en un personaje famoso en ciertos círculos de Buenos Aires. Y dicen que cuando tenía cincuenta años paseaba su cuerpo esbelto por las playas causando la admiración de los más jóvenes: por sus ademanes, por su manera de andar, Marie era distinta, como distinta había sido su juventud, cuando aprendió a ser ella misma en una Viena que se desperzaba de su largo sueño imperial. Marie adoptó las posturas de Melanie Klein porque pronto aprendió que desde el falocentrismo de Freud no podía encontrarse a sí misma ni comprender a sus pacientes.

Sin embargo, dentro del APA, Marie y sus compañeros empezaron a sentirse inquietos. Los psicoanalistas, al fin y al cabo, también son seres humanos y dentro de la organización se evidenciaba la clásica estructura jerárquica de competitiv-

dad y poder contra lo que Marie había luchado durante tanto tiempo desde sus ideas políticas. La llamaban la Virgen María, cuenta ella misma, pues era la primera mujer entre «tantos apóstoles y pretendientes a mesías». Así, cuando Marie se salió del APA se sintió liberada: ya no era idealizada ni condenada. Y también se sintió más acompañada: ya eran muchos los analistas que pensaban que psicoanálisis, marxismo y revolución no eran excluyentes. De este modo, en 1971, nació el grupo *Documento*, que deseaba vincular el psicoanálisis con el mundo exterior.

Hasta que, en 1974, tras el asesinato de Silvio Frondizi, advirtieron a Marie que estaba en el primer lugar de una lista de la Triple A, la cual condenaba a varios trabajadores de la salud mental. Y así fue que, a los 64 años, Marie empezaba de nuevo en otro país, en México. Y cuenta su yerno que una vez se la encontró llorando. Pensó que lloraba por estar sola, por ser vieja, por haber dejado Argentina. Sin embargo, hoy Marie va con cierta frecuencia a Nicaragua para ayudar en la organización de la salud mental y dice que es como si recuperara los tiempos de la guerra de España.

—Usted ha escrito que el psicoanálisis no cura, sino que sirve básicamente para no mentirnos a nosotros mismos. ¿Cree que es posible vincular el psicoanálisis a la política?

—Depende de lo que haces, de cómo lo haces... Depende mucho de la ideología del analista, de cómo transcurre el proceso de cambio que el propio paciente pretende.

—Por lo tanto, parece decisiva la ideología del analista, ¿no?

—Sí... Lo otro sería lo que Freud descubrió, o sea, el inconsciente. Creo que este descubrimiento ha sido demasiado desperdiciado, tanto por los partidos políticos como por los países donde hay un socialismo «real». Aunque Freud nunca nos entendió. Las mujeres éramos un misterio para él. Nos tuvo mucho miedo. En teoría, se ocupó mucho del sexo pero no sabía nada de nosotros. Aunque toda la noción del inconsciente, de la sublimación, del super-yo, etc., son muy importantes y válidos para ambos sexos. Ahora bien, cuando Freud escribe sobre la evolución sexual de la niña, obviamente no entiende y se encuentra bajo los prejuicios paternalistas, masculinos, patriarcales de su época, y bajo los suyos propios.

—Sin embargo, ¿cómo es posible imaginar a esta nueva mujer que ya no siente envidia del pene?

## MARIE LANGER

—Melanie Klein, sin hablar de cuestiones políticas, como son feminismo o emancipación, sino estrictamente de lo que Freud describe como angustia de castración en el hombre y envidia del pene en la mujer, afirma que la mujer tiene sus propias ansiedades, relacionadas con su propio sexo, y que éstas no vienen por la carencia del pene. La mujer tiene sus propios temores, que están muy adentro, porque su fertilidad y su capacidad procreativa es algo interno. Aunque la verdad es que Melanie Klein se ocupa muy poco de nuestra capacidad de goce, pero tampoco la niega. Sólo que no se ocupa del tema.

—¿El materialismo dialéctico resuelve los problemas de los individuos?

—No. El marxismo es para la sociedad lo que el psicoanálisis, no tomado globalmente, es para el individuo. Lo importante es la relación entre individuo y sociedad. Sería absurdo que ahora intentáramos psicoanalizar en Nicaragua. Hay que colaborar para que el enfoque de la salud sea integral. A los psicoanalistas nos falta mucha reflexión teórica en lo que respecta al análisis de la ideología. Pero los partidos marxistas tradicionales, como se sabe, no han tenido en cuenta el enfoque psicoanalítico. Fuimos a Moscú y a Legrado y todavía les parecía absurdo que nos presentáramos como psicoanalistas y marxistas. Nos recibieron amablemente, eso sí, pero les parecíamos marcianos, como diciéndonos: «Acá este animal no existe...»

—Usted, que a los dieciséis años ya creía en la libertad sexual y que intentaba vivir libremente, de acuerdo con sus convicciones, ¿cómo ve a las mujeres de hoy? ¿Cree que hemos cambiado o hemos retrocedido en comparación con su época?

—La Austria de mi juventud era muy progresista. Luego, cuando fui a Argentina, anduve diez pasos atrás. Y cuando me fui de allí, las muchachas de clase media pensaban y tenían la misma libertad que yo en mi infancia... Ahora todo esto debe de haber retrocedido bastante... Obviamente ustedes han tenido cuarenta años de fascismo, han sido aplastadas, pero su generación tiene posibilidades de salir, aunque se salga de manera caótica. Creo que la generación sacrificada es la de sus madres y no la de ustedes. Era la generación del silencio, del miedo, retraídas en sus casas, sin posibilidad de vivir plenamente...

—Volvamos a aquella joven vienesa que huyó de una Europa que ardía, que vivió en Argentina, que de nuevo tuvo que huir para sobrevivir y que, ahora, con setenta y dos años, está en Mé-

xico. ¿Qué es lo que le impulsa a seguir trabajando?

—Me preguntas todo esto en un momento muy especial para mí... Ahora, en la Universidad Metropolitana de acá, formamos un equipo de trabajadores bajo la dirección de Silvia Bermann. Y vamos a León, en Nicaragua, para organizar la salud mental de este país. Y me he dado cuenta de que acá soy vieja, me canso y, en cambio, allá me siento atemporal en cuanto bajo del avión. Y de repente vi lo que me pasaba: es como si la República hubiera ganado la guerra en España y yo estuviera participando en la reconstrucción del país... cuando presencia la distribución de la tierra a los campesinos, cuando veo a la gente, cuando veo que todo aquello en que soñamos puede ser posible. Entonces sí, entonces soy aquella joven. Pero regresó acá y me viene todo el cansancio de los años encima.

—He observado que algunas mujeres de la generación anterior a la mía tuvieron que escoger entre ser «madres» o ser «personas». Simone de Beauvoir dice que a partir de los tres hijos es imposible hacer nada, y usted ha tenido cuatro hijos... Algunas, dejándose llevar por esta trampa, han despreciado la maternidad y han optado por ser «hombres», por el mundo exterior, aceptando así la escisión.

—Tengo cuatro hijos, sí, y espero el undécimo nieto... Pero aquí es distinto. Tengo amigas jóvenes en Europa que no se deciden a tener hijos porque esto les frenaría en su realización. Y yo no sé si en Europa hubiera tenido tantos hijos, aunque para mí era muy importante tenerlos, y también lo era toda la experiencia física, como el embarazo, el parto. Pero en Europa la tasa de natalidad está bajando muchísimo, justamente en los países desarrollados, y entiendo a las mujeres que se dicen: «hay que elegir».

—Pero es muy triste tener que elegir entre dos cosas que se desean...

—Depende de la situación social de cada una, de su profesión. Por ejemplo, en mi profesión, si tienes un consultorio privado, puedes estar en la misma casa y si oyes gritar al niño sales. Aunque esté prohibido.

—Su yerno dice que no, que usted no salía nunca.

—Depende del grito. Si es un llanto común no sales. Pero si no, dices «con permiso», y sales. Y en los países desarrollados, si quieren que haya niños, que los faciliten. Que pongan más guarderías, por ejemplo.

—Cierta pedagogía, que aparece como «moderna», culpabiliza a la madre que

trabaja y la acusa abusivamente de todos los males del hijo.

—Eso es ideología, pues interesa mantener el *status quo*. Los científicos que defienden eso, y lo propagan, lo hacen llevado por la ideología de la clase dominante. Si el hijo de una mujer que trabaja, y peor si es separada, tiene algún problema, entonces se la señala a ella como la culpable y, lo que es peor, ella se culpabiliza por no ocuparse bastante.

—Tras la muerte de Franco, la mujer española, gracias al feminismo, empezó a sentirse más segura de sí misma. Los partidos políticos de la izquierda lo aprovecharon con fines electorales. Los roles sociales empezaron a tambalearse. Sin embargo, ahora parece como si todo volviera a su cauce, el feminismo es atacado con saña por ciertos sectores que antes le tenían miedo y callaban. Se divierten desacreditando el feminismo y algunas feministas prefieren encerrarse en el *gürtel*.

—Mira, el feminismo ha tenido, y tiene, tantos movimientos super-radicales hostiles al hombre, que estas reacciones se entienden. Pero, a la vez, se usa este radicalismo para desacreditar todo el feminismo. Creo que es un pez que se muerde la cola.

—¿Los conflictos de la mujer latinoamericana son distintos de los de la europea?

—Acá las mujeres, como los hombres, han tenido que luchar tanto... Ellas corrieron muchos riesgos, lo han pasado muy mal y lo siguen pasando muy mal, sobre todo las que están allá. Acá la mujer está tan sobrecargada de trabajo, de miseria y de hijos... En Europa, en Austria, no ves pobreza, sólo diferencia de clases. Aunque no conozco a la campesina española. En América Latina ves tanta miseria... Y aquí la miseria, justo por su papel de madre, golpea mucho más a la mujer que al hombre.

—¿Hasta ahora no ha logrado reconciliarse con aquella dama que fue su madre?

—Sí. Me di cuenta de que escribía mi autobiografía para reconciliarme con ella. En realidad, siempre me dio mucha lástima. Por eso digo que sus madres son las que han sufrido más, no pudieron reaccionar, debido a circunstancias sociales terribles.

—Por lo que usted dice de ella, parece como si su madre odiara a su propio sexo.

—Sí... Mi padre decía siempre: «Tu madre lloró cuando naciste, ¡otra mujer!» «Y tu padre», me decía ella, «quería que yo abortara, no quería otro hijo». Mi madre sentía muy conscientemente la infelicidad de haber nacido



mujer y si quería hijos varones era para ahorrarse el «destino» que ella había tenido. Aparte de que aspiraba a vivir a través de su hijo varón todo lo que ella no podía como mujer.

—Usted ha tenido, desde muy temprano, relaciones íntimas con muchos hombres y distintos entre sí. ¿Siempre la han enriquecido?

—Sabes, hay un problema femenino que nos viene de lejos; no es que ellos me hayan adjudicado la dependencia. Yo caía en ella y el otro quizás no la buscaba. ¡Tantos siglos diciéndonos que lo más importante es el amor! Es el complejo de Penélope, que espera, espera, espera que él la llame por teléfono, sufre por si no la llama... Cuesta mucho erradicar este complejo.

—Sin embargo, me parece que hoy luchar contra el complejo de Penélope implica casi siempre la soledad.

—Sí..., he hablado bastante con mujeres jóvenes, argentinas, mexicanas, y he visto que la mujer profesional tiene muchas menos posibilidades de encontrar la pareja adecuada. Aunque para el hombre también ése es un problema, pues el papel aprendido está en cuestión. De todos modos, creo que él saldría ganando si aceptara el desafío de vivir con una mujer que no dependa de él.

—En su categoría, habla mucho de sus primeros amantes y casi no cita a Max, su marido. ¿Cómo fue su relación con él?

—Teníamos mucho en común, y con el tiempo menos, digamos... No sé como describir nuestra relación, estuve tan adentro de ella... Si hago balance, diría que fue una buena relación. El murió cuando yo tenía 55 años. No se me hubiera ocurrido formar pareja con otro hombre, aunque no niego que tuve otras relaciones. Creo que la pareja da mucho pero también limita. Cuando se está sola, tanto se puede valorar la tristeza de la soledad como las posibilidades de rela-

ción. En España, los dos estábamos en lo mismo, pues yo fui gracias a él, que era muy buen cirujano. Pero es difícil estar toda la vida en lo mismo con tu compañero, sobre todo si ya tienes tu propia identidad psicológica y profesional hecha.

—España es para usted un tema recurrente. Quizás hoy no nos demos cuenta, los que no la vivimos, qué representó para ustedes, los extranjeros que vinieron aquí, nuestra guerra civil.

—¿Sabes? Me pasa algo raro con España. He ido tres veces y siempre me muevo estrictamente en el ámbito de la España republicana. Era para nosotros atractiva y misteriosa, era la pasión, la hidalguía, el sur, el calor... Y, luego, cuando la situación europea era tan desesperante, la República representaba para nosotros la posibilidad de combatir el fascismo. Ocurre algo parecido en estos momentos con Nicaragua y El Salvador.

—Parece, sin embargo, que siempre estemos buscando nuevos mitos cuando no nos gusta nuestra realidad.

—Son más que mitos. Son puntos de referencia. Se trata de países relativamente reducidos donde se está definiendo en este momento el destino político del mundo. Y, al mismo tiempo, el drama, como en España, es que este destino no depende de estos países. Es peor la intervención de Reagan, en este momento, que no el error de tal o cual comandante.

—En España, ¿sintió miedo alguna vez?

—Al entrar, luego ya no. Recuerdo que una vez, en que estábamos en el quirófano —pues vivíamos allí— sentí como un galope y pensé que ya estaban entrando los fascistas a caballo. Me asusté mucho, y luego resultó que era Max que imitaba este ruido golpeando la pared!

—Su yerno dice que usted se resistía a dejar la Argentina, que no le importaba morir como Frondizi, pero que le horroriza la tortura.

*«...Freud nunca entendió a las mujeres. Eramos un misterio para él. En teoría se ocupó mucho del sexo, pero no sabía nada de nosotras».*

—Es cierto, tengo terror a la tortura. Pero entonces o no me iba a pasar nada o me iban a pegar un tiro y punto. Es lo que hacía en aquellos momentos la Triple A. Y eso no me daba miedo. Pero vino mi ex nuera y me dijo: «Pero, ¡qué narcisismo el tuyo! No te importa morir, no te preocupa el dolor de los tuyos». Y esta opinión fue la que me movió.

—¿Cuál es su patria, su patria interior?

—Mi patria es Austria, y estoy muy contenta de ello. Ultimamente escribo de nuevo en alemán. Y vuelvo a pensar y soñar en esta lengua. Es como si hubiera recuperado la Austria de mi juventud.

—¿En que basa su fe hoy día?

—En política, es difícil discernir entre lo blanco y lo negro. Aunque en América central, no hay dudas. No sé cómo va a ser Nicaragua dentro de veinte años, pero ya no los viviré. Y pienso que tengo mucha suerte de poder vivir estas cosas. Es como España; entonces yo ignoraba los problemas que había entre los del POUM y los comunistas, por ejemplo. Cuando estuve allí viví intensamente entre los brigadas internacionales y todos sabíamos del buen lado. Como ahora.

Me parece que Marie Langer es una mujer afortunada; en cada arruga de su hermoso rostro parece haberse perpetuado la lucha por las creencias, no con la ingenuidad del que no conoce la maldad. Marie Langer la ha visto, y la ha visto desde dentro, en los que defienden ideas buenas en apariencia y se comportan como seres humanos que compiten y desean el poder. Y, a pesar de ello, sigue creyendo. Es como si los años de aquella Viena que se descubría a sí misma, de aquella España que estaba librando una batalla contra el oscurantismo, todavía permanecieran intactos en ella. Al final de su libro, Marie Langer cree haber encontrado el denominador común del marxismo, el psicoanálisis y el feminismo.

Escribe: «Este denominador común es la consciencia; la consciencia para poder lograr el cambio». Y, gracias a esta consciencia, Marie Langer nunca fue una dama. ■ M.R. Fotos: Pilar Aymerich.

**Montserrat Roig**  
Fotos: Pilar Aymerich

(1) *Memoria, historia, y diálogo psicoanalítico*, de Marie Langer, Jaime Palacio y Enrique Guinsberg. Folios Ediciones, México, 1981.

(2) *Maternidad y sexo*.